

Testigos de Dios en medio de la crisis religiosa

Testigo de un encuentro con Dios

Tiene que quedar muy claro que, si un testigo no lleva dentro una experiencia que comunicar, se le podrá llamar de muchas maneras, pero no es un testigo. Testigo sólo puede ser el que es portador de una vivencia, de una experiencia que a él le motiva, le impulsa, le mantiene vivo en su testimonio. Un testigo no es alguien que cree teóricamente en Dios o en Jesucristo, sino que “siente que cree”. No sólo dice que la salvación está en Jesucristo, sino que él la experimenta, la comprueba por sí mismo. No sólo dice que Dios es amor, sino que él tiene la suerte de sentirse querido por Dios. Es decir, en Jesucristo, él vive algo inconfundible, algo que no encuentra en ninguna otra parte, algo decisivo, aunque no pueda explicarlo ni expresarlo de manera clara o precisa.

Hay mucha literatura sobre la experiencia cristiana pero la experiencia es probar, verificar, conocer algo por contacto, sentirse afectado por algo... Así el testigo vive, experimenta “algo” que para él es real; desde fuera le podrán decir que es una ilusión, sin embargo, para él es “algo” cierto, preciso, no etéreo, confuso, vago... sino vital. Lo importante es que, ese “algo” que experimenta, le ayuda a vivir, le transforma, le cambia la vida... y eso es lo que va a comunicar. Un hombre o una mujer testigo ofrecen siempre su experiencia, no su sabiduría. Puede ser una persona muy sencilla y poco culta, pero ser gran testigo. El testigo no informa, no indoctrina, el testigo contagia, el testigo irradia, el testigo comunica y se implica en su comunicación. Un testigo sabrá mucho o poco, pero nunca transmite un dato frío, se le ve habitado por una convicción, es alguien convencido.

Lo importante de la experiencia cristiana es captar qué es lo nuclear en esa experien-

cia que vive un creyente. Y lo nuclear es que esta persona se ha encontrado con un Dios lleno de vida en la persona de Jesús; es la experiencia original del cristianismo, se ha encontrado con Dios y eso, a la larga, le ha tocado.

Al comienzo, y durante muchos años, es normal que un cristiano pueda vivir su fe sin saber exactamente qué es lo importante y qué no lo es. Cree en cosas, en el cielo, en Jesucristo, la Trinidad... vive cosas, una moral que hay que cumplir, ir a misa... pero, si sigue fiel a lo que es la fe, llega un momento en que uno se da cuenta de que lo importante no es “creer cosas”, sino “creer a alguien” porque eso lo cambia todo. Así pasa a vivir una Presencia, que a lo mejor no puede explicar muy bien, pero que le va haciendo vivir.

La palabra “creer” es una palabra muy hermosa. Las etimologías siempre son discutibles, pero, probablemente creer, *cre-dere* en latín, viene de *cor-dare*, “dar el corazón”. Uno es creyente cuando entrega su corazón a “alguien”, cuando Dios se ha convertido en algo central y muy importante en su vida. Puede haber dudas, interrogantes, pero lo importante es dar el corazón a Dios. Un creyente va intuyendo finalmente “algo” que, en el fondo, sabía pero todavía no percibía; va intuyendo que, encontrarse con Dios, es sentir que por fin te has encontrado con lo verdaderamente importante y que ésa va a ser ya la suerte de tu vida. Un Dios que no te llena el corazón, es un Dios en el que no se puede creer mucho. Si un testigo anuncia a un Dios que no llena su corazón, está anunciando algo poco importante. Si un cura está predicando un Dios que a él no le llena el corazón, su predicación puede ser brillante, pero no está comunicando nada importante. Lo mismo podría decirse de un catequista, de un obispo... del que sea.

Un testigo no dice mucho, y sobre todo no puede comunicar algo inconfundible, nuevo, atractivo, si a él Dios no le llena. Aquí está nuestra paradoja de padres, catequistas, curas... que queremos convencer de cosas que a lo mejor nosotros no estamos viviendo a un nivel mínimamente serio, responsable. Se pueden decir muchas cosas de este encuentro con Dios, pero lo importante es ver cómo se siente esa persona que se ha encontrado con Él, porque eso es lo que va a comunicar, no de palabra, sino con su vida. Un testigo no se siente mejor que otro, porque no lo es; no se siente más alto, más generoso, más sacrificado... Lo nuevo, lo diferente, está en que vive la experiencia de saberse incondicionalmente amado por Dios, y se le nota. Lo importante es que a esta persona, a cualquiera de nosotros, hombre, mujer, padre, catequista, párroco... se nos note que creemos lo que decimos.

En realidad, todos andamos buscando lo más esencial, aquello sin lo cual no se puede vivir con alegría: el amor; y pobre de la persona que no lo capte y crea que se puede vivir profundamente la vida sin amor. Por eso creo que, finalmente, la experiencia clave que vive el testigo es que no puede vivir sin amor y que su suerte está en que en Dios ha encontrado, como en ninguna otra parte, amor y sólo amor, cosa que no encontrará nunca en nadie.

No es el momento de explicar teológicamente qué es el amor de Dios, pero sí tenemos que recordar lo que queremos decir al afirmar, como hacemos continuamente los cristianos, que "Dios es amor". "Dios es amor" no quiere decir que Dios es alguien que tiene amor hacia nosotros, sino que todo su ser, todo su actuar ES amor. De Dios no puede brotar nada más que amor... Dios no sabe, no quiere y no puede hacer otra cosa que amar. Dios nos ama siempre, nos ama desde siempre y nos ama para siempre. Nadie le obliga, nadie le motiva desde fuera... Él es eternamente amante, y nunca podrá retirarnos su amor. En eso consiste ser Dios.

No hay que considerar que "Dios es amor" diciendo que en Dios hay amor, justicia, paz... porque el amor no es una actividad

más en Dios. Si Dios nos crea, nos crea haciendo un acto de amor, nos crea sólo por amor. Si interviene en nuestra vida, es sólo por amor. Si nos juzga, lo hace sólo por amor y con amor; el juicio de Dios sobre una persona es un acto infinito de amor... Mi madre no tenía un amor infinito, pero a mí no me daría ningún temor dejarme juzgar por mi madre... Dejarse juzgar por Dios es dejarse juzgar por el único que me ama sin fin. Esta fe en un "Dios amor" es tan increíble, tan nueva, tan fascinante, que no terminamos de creérselo, aunque lo repitamos mucho, porque desde ahí cambia todo.

¿Dios es omnipotente? Sí y no... porque no es simplemente omnipotente: Dios no puede hacer conmigo lo que quiera... Dios no puede hacerme daño., no puede rechazarme, no puede odiarme... porque es amor. Dios, entonces, no puede todo... sólo puede lo que puede el amor. Dios es omnisciente, pero no para controlarme -aquel "ojo grande" que, ya desde niños, nos controlaba siempre y del que no podíamos escapar... - sino porque nada queda fuera de su mirada, pero la mirada de Dios es misericordiosa y me penetra totalmente porque ama todo mi ser.

Decimos que Dios es amor, pero luego volvemos a proyectar sobre Dios nuestros fantasmas, nuestros miedos, volvemos a recortar y a desfigurar el amor de Dios... al final queda la idea de que Dios es muy bueno, nos ama... pero nos ama como amamos nosotros, exigiendo una respuesta. Nosotros exigimos que las personas respondan a nuestro amor, y como Dios exige, y exige como nadie, parece que el amor de Dios es como el nuestro... Habría que aclarar muchas cosas, pero yo estoy convencido de que, si hoy no hay muchos testigos de Dios es porque, a pesar de tanto como hablamos y decimos, pocas personas viven la experiencia de un "Dios amor".

El creyente que vive sostenido por ese amor increíble, cambia mucho, porque descubre que puede vivir amando de una manera distinta. Es como la experiencia de los primeros cristianos, que se atrevieron a decir que iban a vivir con un mandato nuevo, con una herencia nueva de Jesús, que iban a vivir en

el amor. Un testigo que experimenta a Dios como amor empieza a entender la frase que Juan pone en boca de Jesús: *Como el Padre me amó, yo también os he amado. Permaneced en mi amor*. En la vida hay que hacer muchas cosas, unas mas importantes que otras, pero lo verdaderamente importante es *permanecer en el amor, vivir en el amor*.

Un teólogo jesuita canadiense, que ya ha muerto, Bernard Lonergan, considera que *creer es estar enamorado de Dios, y que nada nos acerca mejor al núcleo de la fe cristiana que la experiencia del enamoramiento*. Pobre del que no se haya enamorado nunca... es muy peligroso que puedan predicar personas que no saben lo que es estar enamorado... El enamoramiento, libera a las personas del aislamiento; el enamoramiento atrae, a la vez que te seduce, hacia la persona amada, te potencia, te eleva, te hace vivir las cosas de otra manera... B e r nard Lonergan dice que *estar enamorado de Dios es, como puede experimentarse, estar enamorado sin restricción alguna*. Todo amor es entrega de sí mismo, pero enamorarse de Dios, enamorarse de alguien que ama todo, es enamorarse sin límites, sin condiciones, sin reservas...

Esto lo han entendido bien los místicos, y lo entienden bien los enamorados... todo enamorado, en la medida en que está enamorado de una manera difícil de entender desde fuera, llega a vivir, de alguna manera, en la persona amada. Algo así le sucede al creyente: de algún modo llega a vivir en Dios, se siente habitado por "algo", habitado por el amor... y se siente atraído a vivir amando. Yo

estoy convencido de que no hay que amar a la gente porque haya un mandato... no es posible amar así. Sin embargo, la persona que tiene la experiencia de Dios se siente atraída a vivir amando. Fallará muchas veces, pero le encanta ser buena con la gente, le gusta querer... ¿O no se va a poder vivir aquí a gusto, amando desde ese Dios *que hace salir el sol sobre buenos y malos y hace llover sobre justos e injustos*?

¿Qué puede transmitir un testigo?

Parece que no le será posible transmitir su encuentro personal con Dios; un encuentro interpersonal no es comunicable, al menos directamente. ¿Podrían dos personas enamoradas comunicar lo que están viviendo a una persona que no sabe nada de enamoramientos? Lo mismo sucede con la fe; de hecho, yo sólo conozco mi experiencia con Dios ... la de los demás será parecida, pero yo no la conozco. La única fe que conozco es la mía... desde ahí me imagino la de los demás, pero no la conozco porque es distinta. Lo que sí puede hacer el testigo es sugerir, atraer, invitar a otros, si quieren, a que hagan su propia experiencia. Lo único que puede hacer es presentar su vida, su manera de ser, su manera de vivir.

¿Podemos sugerir cómo puede ser el estilo de vida de un testigo en esta sociedad tan descreída y desinteresada por todos estos temas? Un testigo no sólo cree, le gusta creer, necesita creer, le hace bien creer, porque experimenta a Dios como fuente de vida. Otros entenderán a Dios de



otras maneras, pero él lo siente como fuente vital y entiende muy bien las palabras de Jesús: *Yo he venido para que tengan vida, y vida eterna* (Jn. 10,10)

A mí no me cuesta nada entender a otro porque es, más o menos como yo... Yo entiendo que todos somos muy poca cosa, seres muy frágiles, muy cambiantes, nada seguros, llenos de miedo... acosados por la culpabilidad, en cualquier momento podemos hacer un disparate... seres que no podemos huir del envejecimiento, de la muerte y que sin embargo tenemos un anhelo de vida y de seguridad.

Un creyente experimenta a Dios como, amor, pero también como alguien que le reafirma en su vida. Lo que voy a decir no son tópicos: Dios infunde paz, una paz inconfundible que nadie puede darme desde fuera... ¿Cómo va nadie a entrar en mi mundo interior y sembrarme verdadera paz? Dios da seguridad, confianza... Dios da dignidad, libertad, verdad... Un creyente puede experimentar a Dios como vida, y si no lo experimenta así podrá decir lo que quiera, pero Dios se convertirá en algo postizo, añadido... Nosotros podemos vivir de muchas cosas, apoyarnos en muchas cosas y podremos adjudicárselas a Dios, podremos ser profetas, catequistas, predicadores... de Dios, pero de un Dios de quien difícilmente se puede ser testigo.

Dios no pide que me aparte de la vida para encontrarle, porque es precisamente el único que me ayuda a vivir; Dios no me exige renunciar a nada humano para que sea suyo; Dios no está celoso de mi felicidad, no me reclama sacrificar nada bello y hermoso de la vida, no me hunde en la culpabilidad, no me asfixia, no me da miedo... Lo que verdaderamente da gloria a Dios es vernos llenos de vida... hoy se cita mucho ese aforismo de S. Ireneo de Lyon: *Gloria Dei homo vivens... La gloria de Dios es que viva el hombre*. El indicio más claro que puede dejar un testigo es su vida, observar que esta mujer, este hombre viven a Dios, pero a un Dios que les hace vivir, un Dios que no les ahoga, no les culpabiliza... Un Dios que, para esta persona, es una suerte.

Lo decisivo en un testigo no es la santidad moral... ¡qué hombre más bueno, más santo... ! Lo más importante es ver, en ese hombre o en esa mujer, su actitud ante Dios, la orientación que tiene su vida, la síntesis que ha hecho, los recursos internos que tiene, la alegría de vivir... ver que esa persona ha acertado en algo. Moralmente será mejor o peor, depende de muchos factores, de su psicología, de su estructura... pero ahí hay una huella donde se puede percibir a Dios. En el trasfondo de esta persona que tiene un cierto estilo, un cierto parecido a Jesús, se pueden captar unas actitudes que, en el fondo, son las mismas actitudes de Jesús, al que el Apocalipsis llama *el testigo fiel*:

Es la **acogida incondicional** a toda persona, sobre todo a los más pequeños, a los más desvalidos..

Es la **compasión** de Jesús ante toda flaqueza humana, ante toda desgracia, ante toda humillación...

Es la **lucha apasionada** de Jesús por todo lo bueno, por todo lo digno y justo.

Es la **misericordia** de Jesús, su **capacidad de perdonar**...

Es la **esperanza** de Jesús, que no es ingenuidad, que no está hecha de falsas ilusiones, sino de una **confianza inquebrantable en Dios Padre**.

Es la **pasión de Jesús por la verdad**, la capacidad de ir al fondo de las cosas, por encima de formalismos y hasta de legalismos engañosos...

Es la **libertad** de Jesús para buscar siempre el bien...

Es ese **abandono total en el Padre**...

A mí me parece que las actitudes de Jesús representan lo mejor que ha existido y existe en la tierra. Por eso, en el fondo de la vida de Jesús, y en el fondo de quien sigue a Jesús, de alguna manera se está testimoniando y sugiriendo a Dios. El testigo no sólo presenta su vida, sino que la comunica. No es alguien muy raro, sino una persona profundamente humana, a quien no le preocupa mucho si sus manos están llenas o vacías, sencillamente porque él vive amando, permanece en el amor. Puede meter la pata mil

veces al día, pero trata de vivir desde el amor y para el amor... Desde luego un testigo deja de serlo en la medida en que pierde esa fuerza comunicativa. Un testigo seguro que contagia vida, aunque él no se dé cuenta, aunque ni lo pretenda. Un testigo te interpela, pero no culpabiliza, sino que invita, anima, acompaña... A un testigo le duele todo lo que hace daño a las personas, lo haga quien lo haga. Un testigo es sensible y le duele todo lo que daña la vida, la paz, la dignidad de las personas; por eso vive, quitando miedos, contribuyendo a que la gente viva un poco mejor...

En el contexto en que vivimos, en medio de una sociedad tan indiferente donde Dios está ausente, eclipsado, muriendo... el testigo anuncia que él sabe algo de Dios, sabe algo del amor, sabe algo del último destino del ser humano, sabe algo que a lo mejor la cultura actual es incapaz, por muchas razones, de captar... En un mundo, aparentemente satisfecho, pero donde todavía hay sed de misterio, porque la gente termina creyendo cualquier cosa que le parezca misteriosa, un testigo está diciendo que él sabe algo de la fuente, sabe algo de cómo se calma la sed de felicidad plena que hay en todo ser humano...

En un mundo marcado por la ciencia, la técnica y la informática, pero donde todavía hay sed de lo sagrado, un testigo está diciendo que en esta sociedad tan banalizada, todavía hay cosas muy sagradas, por ejemplo, el sufrimiento de un inocente; la vida de las personas es sagrada, intocable... Un testigo sabe todo eso, lo vive y, de alma manera, lo transmite. En un mundo donde se dice que no se cree en Dios, pero donde, ante un terremoto, un atentado como el de Madrid, surge la pregunta ¿dónde está Dios?... -en el fondo para echarle la culpa de todo, porque queremos seguir siendo inocentes y buscamos un gran culpable, y vivir luego de espaldas a Él- el testigo anuncia que Dios está en todo corazón humano...

Dios está en el corazón de los terroristas, donde seguirá estando después de lo acontecido, interpelando sus conciencias, queriendo que escuchen su voz... Dios está en los políticos, incapaces de hacer mejor las cosas...

Dios está en esos muertos, en medio de esos hierros retorcidos... Dios está recogiendo esas vidas... que no pueden quedar ahí, en ese tren, porque la vida de una persona no puede terminar allí... Dios está en esa gente que se lanzó a la calle a hacer lo que podía... en esos jóvenes... en esas manifestaciones masivas... Dios está donde se sufre... Dios está con las víctimas, tratando de darles su propia dignidad, y Dios estará en los que luchan contra todo mal...

En medio de esta sociedad tan atea, tan indiferente, tan violenta, tan agresiva... tiene sentido la vida de ese pequeño testigo que, no sólo presenta su vida y su manera de comunicar vida, sino que, además, vive una vida intensa, interesante. Las personas, también en esta época de crisis, creen en aquello que responde a sus aspiraciones más honradas, y cuando descubres un hombre o una mujer en el que Dios responde a esas aspiraciones, no lo entenderás, pero esa vida es interesante y hace creíble a Dios. Despierta interés ver en una persona unas actitudes básicas, envidiables, que le ayudan a vivir; ver una persona que tiene una orientación acertada, ver que tiene una energía interior, una alegría, una fuerza, que apunta hacia Dios. Ahí en ese hombre o en esa mujer a los que su experiencia de Dios les hace vivir de una manera diferente, libre, interesante, descubres que ese Dios no es un Dios que genera miedo, inseguridad, culpabilidad... sino que es un Dios justamente lo contrario.

Voy a leer una cita de José M^a Castillo; es posible que no estéis de acuerdo con las expresiones y con todo lo que dice; quizás yo también matizaría algo. Corresponde a un libro suyo de hace dos años, "Dios y nuestra felicidad":

Un Dios que no ayuda a vivir -de manera dichosa y digna-, por más que nos digan que es bueno, que nos quiere, que es un padre, sin embargo es un Dios inaceptable y hasta insoportable, al menos para mucha gente. ¿Por qué? Como es lógico, todo ser humano quiere ser feliz y es que el deseo de la felicidad es la apetencia más profunda que cualquier persona lleva inscrita en lo más hondo de su ser, de manera que, atentar contra la

felicidad de vivir es la agresión más grande que se puede cometer contra el ser humano, sea quien sea. Pues, si resulta que Dios es una amenaza, una prohibición constante, una carga pesada, una censura de lo que haces o dejas de hacer, en definitiva, si Dios es "algo" o "alguien" que nos complica la vida más de lo que la vida ya está complicada, que es mucho, entonces se comprende que haya tanta gente que prescinde de Dios, que no quiere saber nada de ese asunto, incluso que rechaza abiertamente todo lo que se refiere a Dios o a la religión y a sus representantes en este mundo. Un Dios que es percibido como un problema, como una dificultad o como un conflicto para nuestra felicidad, por más argumentos divinos y humanos que le echamos encima, es y será siempre un Dios inaceptable o incluso detestable, aunque mucha gente no se atreva a decirlo así.

Es fuerte la manera de expresarlo, pero ya se intuye por dónde va. Si yo intuyo que, para los cristianos, Dios es un problema, una preocupación, un estorbo, una dificultad, una fuente de miedo... ese Dios no me puede atraer. Pero, si yo descubro testigos donde veo que Dios les hace vivir a gusto, donde yo veo que Dios es el mejor amigo con el que se han encontrado, y que les ayuda a vivir intensamente, de manera liberada, gozosa, esa vida contagia, atrae y Dios merece respeto.

Humildad del testigo

Todo esto no nos tiene que llevar a confundir el testimonio con algo espectacular. El testigo no es una vedette... Hay personas excepcionales, fuertes... Martin Luther King, Oscar Romero, L'Abé Pierre, Madre Teresa de Calcuta... Yo he oído hablar mucho de ellos y me suelo preguntar si me han hecho bien... La respuesta es que no lo sé... Lo que hace que la experiencia cristiana se vaya comunicando, no son sólo esos grandes testigos, sino otros testigos, pequeños, sencillos, discretos... testigos conocidos sólo en su



entorno, personas profundamente buenas, cristianos convencidos, testigos humildes...

Es peligrosísimo hablar de testigos profesionales... es una ilusión falsa pensar que la vida consagrada o el ministerio presbiteral, le hacen al religioso, a la religiosa, o al cura, más testigo de Dios... La calidad del testigo no proviene de su estado de vida, de su función o de su hábito... La calidad del testigo proviene de su credibilidad, de su calidad de vida. Nosotros, curas, religiosos, religiosas, no somos ni más ni menos que otros testigos, somos muy parecidos todos... Somos hermanos y cada uno, eso sí, desde su propia vida, desde su propia vocación, tratamos de vivir la fe y de contagiarla.

Sólo se es testigo desde la debilidad. El testigo es consciente de sus limitaciones, el testigo siempre vive su testimonio desde la debilidad y desde el pecado, nunca estamos a la altura de lo que anunciamos, y nunca podemos legitimar y sostener nuestra palabra, ni en nuestra propia santidad, ni en la de la Iglesia... Esto lo sabía muy bien S. Pablo cuando decía que *Nosotros llevamos todo en vasijas de barro, para que parezca que una fuerza tan extraordinaria es de Dios y no nuestra*. Nuestras debilidades y nuestros pecados, no son siempre un signo en contra del testimonio; no son algo disuasivo... lo importante es que se le vea al testigo cierta coherencia y una voluntad sincera de vivir desde la fe. Esto se entiende con un ejemplo que voy a contar...

Yo no lo conocí pero he oído hablar mucho de un sacerdote de una parroquia de mi diócesis, hace muchos años; el pobre era borracho, -parece que le venía de familia- bebía bien, y se le notaba... los sábados perdido... y en la misma eucaristía del domingo, aquel hombre hablaba a la gente y llorando les decía: "Ya me habréis visto cómo llegué ayer... hoy estoy en gracia, me he confesado con el párroco... pero no sigáis mi ejemplo,

vosotros oíd lo que yo digo, pero no hagáis lo que yo hago...” Este pobre hombre, avergonzado, humillado, arrastraba lo que para él era una vida escandalosa. Cuando se enteró el obispo, quiso resolverlo trasladándolo a otro sitio, pero, en cuanto lo intentó, se levantó el pueblo... todos se confesaban con él... éste les entendía, era como los demás... Cuando murió, dicen que, no sólo de su pueblo, sino de todo el entorno, fue gente al funeral, todos llorando... por un hombre humilde, sincero, que sabía que no vivía a la altura de lo que decía, pero lo reconocía...

Es muy importante ver que la fuerza de un testigo no está siempre en su vida moral, sino en la orientación, en su sinceridad...

No podemos olvidar tampoco que el testimonio de cada uno es parcial; otros lo enriquecerán, lo complementarán... En unos puede destacar mucho más la solidaridad con el marginado, con el débil, con el excluido, están cerca de la gente más tirada... -a mí la vida me ha llevado en otra dirección y no puedo dar testimonio así, aunque haga lo que pueda. Otros darán testimonio de esperanza, o de lucha por la justicia, los monjes y monjas de los monasterios nos darán otro testimonio... Lo que sí me parece importante es decir que nadie debe forzar su estructura psicológica.

Lenguaje del testigo

A estas alturas, se habrá entendido que la palabra más importante del testigo es su vida, pero también la palabra pertenece a la vida, el testigo también habla... El testigo sabe que él no puede probar nada con sus palabras, no puede convencer con su vida y su palabra, puede invitar, sugerir, apuntar hacia Dios... Dios es siempre mucho más grande que nuestras palabras, incluso más grande que los dogmas que, al final, son fórmulas humanas. Como dice Santo Tomás, *nosotros no creemos en nuestras fórmulas dogmáticas, creemos en Dios que está detrás de esas fórmulas.*

Por eso, un testigo en esta sociedad actual, comete un error si pretende imponer su fe con discusiones teológicas. Otra cosa

es que los teólogos discutan, pero entrar en discusiones religiosas en nuestra convivencia, me parece un error. Creo que la postura más acertada es la que indica la primera carta de Pedro, en una cita que voy a traducir literalmente: *Estad siempre dispuestos a dar respuesta, a todo el que os pida razón de la esperanza que hay en vosotros, pero hacedlo con dulzura y respeto.* (1 Pe. 3,15.16) Tenemos que dar razón, no del dogma, de la teología, o de la doctrina, sino de la esperanza que hay en nosotros.

Un testigo no tiene por qué sentirse inseguro porque no sepa dar una respuesta doctrinal. Lo que a nosotros se nos pide es comunicar la esperanza con la que vivimos, y hacerlo con dulzura y respeto, sin imposiciones, sin complejos de superioridad, sin minusvalorar al que no comparte nuestra fe... Decimos muchas veces que estos jóvenes son superficiales... Y nosotros, ¿qué hondura tenemos?

Esta humildad y este dar razón de nuestra propia esperanza alcanzan a todos los niveles, incluso los profesores de religión que, en ocasiones, temen “no quedar bien” por no saber contestar a una pregunta... Hay que reconocer sencillamente que en ese momento no se sabe aquello, y la autoridad de esa persona gana muchos enteros. No hay como la verdad, la sinceridad, la sencillez, para ser testigo. Un lenguaje humilde, las expresiones más bellas sobre Dios... no siempre. Un testigo evita cualquier palabra que a él no le diga nada. Lo que a ti no te diga, no se lo digas a los demás... si ese lenguaje no responde a tu experiencia no lo emplees... Un testigo no cae en tópicos, en frases vacías, en citas gastadas... un testigo habla de lo que nace de su experiencia.

En el fondo de muchos cristianos que se van alejando, que se van desprendiendo de todo esto, hay una imagen de Dios muy especial. Cuando pregunto a estos alejados con los que trato quién es Dios para ellos, sus respuestas son variadas: Un ser supremo... Señor omnipotente... Rey de reyes... Creador del universo... juez supremo de buenos y malos... Un Dios que durante mucho tiempo ha dado miedo, pero que ya no se lo da, ni a

los jóvenes, ni a los no jóvenes... un Dios que tampoco atrae, ni fascina, ni enamora... A mí Jesús me dice que lo primero es enamorarse de Dios: *Ama a tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma...* se podría traducir por: *Enamórate de Dios.*

Hay que reconocer que no es tan fácil enamorarse de un Rey... de un Rey de reyes... de un juez supremo... de un Ser omnipotente y Todopoderoso...

Hay un lenguaje de Dios que puede estar constantemente en nuestros labios pero, sin negar eso, un testigo siente la necesidad de hablar con un lenguaje un poco diferente, que ayude a vislumbrar que Dios es amor. Sin ninguna pretensión de definir nada, voy a sugerir un lenguaje que yo trato de emplear, sobre todo en estos ambientes con personas más o menos distanciadas, personas que andan buscando... Quiero sugerir, sobre todo, que algo cambiaría si el testigo, al mismo tiempo que habla con su vida, hablara con un lenguaje que apunta a una experiencia, quizás un poco diferente, de Dios: Hablar de un Dios amigo, un Dios amiga... Un Dios enamorado de sus criaturas, un Dios amante -lenguaje de los místicos-. Un Dios que no sabe, no quiere, no puede más que querer.

Yo utilizo cada vez menos la expresión Dios Padre. Sé muy bien toda la riqueza que esa expresión contiene, pero si hablo con jóvenes me dicen que "con el padre que tienen en casa les sobra..." No es banal ver cómo hablamos de Dios. Hablar de un Dios servidor humilde de sus criaturas. Un Dios que *no busca ser servido, sino servir*, como dijo Jesús. Un Dios que no busca su propia felicidad, sino que sólo quiere vernos felices a nosotros, viviendo de una manera digna y dichosa... Al hablar así de Dios, los jóvenes empiezan a mirar de otra manera.

Hablar de un Dios grande, que no cabe en ninguna religión y en ninguna Iglesia, que habita en todo ser humano, en todo corazón humano, que acompaña a cada persona, es su creador... Hablar de un Dios que no deja a nadie solo, que tiene sus caminos para encontrarse con cada persona, caminos que no pasan necesariamente por una religión o por una Iglesia... Dios no se olvida de los que están abandonando la Iglesia... Si está sosteniendo cada vida, no está ligado a ninguna religión, a ningún templo... *Ni en este monte ni en Jerusalén*, decía Jesús, y levantaba los ojos al cielo. Dios es Dios, Dios grande.

Hablar de un Dios que ama el cuerpo tanto como el alma, aunque nosotros tenga-



mos nuestra valoración del cuerpo, de lo físico y de lo espiritual porque tenemos una filosofía griega. De un Dios que ama la sexualidad tanto como la inteligencia, y a Dios le encanta el ser humano lleno de vida, disfrutando de manera sana de su creación.

Hablar de un Dios que sufre en la carne de los hambrientos, un Dios que está en los oprimidos, sosteniendo su dignidad... A Jesús, cuando está en la cruz le decían: *Si eres hijo de Dios sálvate a ti mismo, bájate de la cruz...* una manera de decir, si eres Dios, piensa en ti mismo, haz como nosotros, libérate del sufrimiento... Menos mal que Jesús no se bajó, menos mal que Dios sabe algo de nuestro sufrimiento... ¿Para qué nos serviría un Dios ajeno, tranquilo, feliz, al margen de nuestros problemas y sufrimientos? Dios no sólo ha sufrido por nosotros, sufre con nosotros.

Hablar de un Dios que despierta siempre nuestra responsabilidad. No es un abuelo bondadoso que permite todo, la arbitrariedad, la mediocridad... sino un padre que nos responsabiliza y pone en pie nuestra dignidad. Un Dios que está con nosotros para buscar y salvar lo que nosotros echamos a perder.

Hablar de un Dios que, lejos de introducir miedos en la vida, es el único que puede liberarnos de todo miedo. Un Dios que, lejos de provocar angustia ante la muerte, también estará ahí en la muerte, abrazando a cada persona mientras agoniza... El único que envuelve todo en su amor redentor... Si no hay ese Dios, estamos perdidos.

Al final, hay que hablar de un Dios del que merece la pena enamorarse, un Dios que atrae... Si no, en esta sociedad, hasta nuestro lenguaje de Dios puede seguir alejando, inconscientemente, a las personas de Dios.

El testigo en medio de la inherencia

Aprender de los increyentes...

Ahora le daría toda la vuelta a lo anterior, curiosamente, cuando nosotros hablamos del testimonio, creemos que nosotros sólo tenemos que ser testigos y dar testimonio... y no se nos ocurre que lo que tenemos que hacer es aprender del testimonio de otros, aprender

de otros testigos, incluso del testimonio de otros que quizás no viven nuestra propia fe. Hoy se puede aprender Y MUCHO, de los que no viven exactamente la fe que vivo yo. Estas personas me enseñan a descubrir que Dios es un misterio, que no es propiedad de nadie. Y me ayudan a no confundir a Dios...

En cuanto empiezo a hablar con alguna persona que no cree, y me empieza a poner pegas, me doy cuenta de que yo no tengo que confundir a Dios con mis argumentos y mis palabras, que Dios es un misterio que nos desborda a todos. Estas personas me invitan a criticar mis ideas interesadas de Dios, porque un increyente niega a Dios, lo ignora o lo olvida, pero no lo utiliza, y nosotros fácilmente lo utilizamos. Hace poco me decía una señora que daba la impresión de que a mí Dios me servía para vivir una vida más fácil, para tener respuesta a todo, para resolverme los problemas... Y me hacía pensar... y mucho.

Un increyente nos puede invitar a purificar nuestra fe, porque nos hace preguntas y nos obliga a preguntarnos hasta qué punto creemos lo que decimos... Yo me encuentro con personas que buscan con una gran sinceridad, y con una gran libertad interior, y me digo que yo nunca he tenido esta libertad que ha tenido este chico, esa joven, para dejarlo todo, para volver a encontrarlo todo... y ando con más cuidado.

Me ayudan a darme cuenta de que la fe no es posesión, sino que la fe es búsqueda.

Para terminar, decir que lo importante es aquello que decía Jesús, *quiero poner fuego en la tierra...* porque no se trata de "saber más cosas", sino de descubrir que hay un secreto, una manera de vivir la fe, que nos puede hacer verdaderos testigos en este momento, en esta sociedad.

Esto es, probablemente, lo primero que hay que hacer en una parroquia o en una comunidad.

José Antonio Pagola Elorza

*Instit. Teol. Y Pastoral, San Sebastián
Conferencia impartida en el Aula de Teología de Santander, el 30 de marzo de 2004*